

Pero el sutil Juliano, el hábil y disertó Temistio, el abundante y pomposo Libanio, el violento é irascible Eunapio, y todos los demás discípulos de esta escuela, eran hombres de lo pasado: el porvenir se hallaba ya en otras manos.

los santos, hecho y leído en Bizancio el día de Pascua por este sucesor de César y de Augusto. De consiguiente, antes de Juliano habían ocupado diez y seis emperadores un lugar distinguido entre los escritores de Roma. THOMAS.

CAPÍTULO XXI

LITERATURA CRISTIANA.

Diferentes caminos seguían los Padres de la Iglesia, no buscando el arte por sí mismo, sino haciendo servir la forma al pensamiento, y creando una literatura de un carácter nuevo, cuando la literatura antigua perdía el suyo.

Hasta su tiempo nunca se había pensado en congregarse al pueblo en una iglesia, á fin de manifestarle lo que debía creer y como adorar y obrar. Antes el conocimiento de las cosas sagradas, como todo lo demás, constituía un privilegio del menor número y nunca se había comunicado al vulgo. Además ¿qué se hubiera podido predicar en el templo, cuando ni los mismos doctores estaban de acuerdo en punto á la moral y á los dogmas? Limitábase la elocuencia antigua á los intereses particulares de un ciudadano ó de una ciudad; á lo sumo discutía algún filósofo con sus discípulos, si bien sobre doctrinas especiales, desprovistas de carácter público y universal.

Desde el momento que Cristo dijo: *Id y predicad á todos*, la verdad universalmente aceptada debía ser espuesta á la congregación de los fieles: era necesario explicar lo que importaba á la salvación de todos. Tomaba el sacerdote á su cargo al niño desde la más tierna edad, y con ayuda del catecismo le insinuaba en las verdades más sublimes; y, merced á esta enseñanza, hasta la niñez se hallaba en disposición de responder acerca de lo que ignoraban Aristóteles y Platon. Semejante enseñanza duraba tanto como la vida, ora confirmando á los creyentes, ora convirtiendo á los extraviados ó persuadiendo á los incrédulos.

En un principio fué apoyada la predicación por la evidencia del milagro, y el Espíritu Santo, que hablaba por boca de los apóstoles, no necesitaba de las persuasiones de la humana sabiduría (1);

(1) I Corintios, II, 4.

pero cuando la religión se extendió por la sociedad, mezclándose con ella, se proveyó de las armas de que se servía el error para combatirla, y la elocuencia pasó desde la tribuna al púlpito, de la política á la moral, de los intereses del mundo á los del cielo.

Como arte tomó vuelo tan pronto como pudo resonar libremente desde el púlpito la palabra divina.

Posteriormente, cuando salió triunfante la Iglesia, del mismo modo que se adornó con pompas y aparatos, quiso también rodearse del prestigio de la elocuencia, y suplió con el auxilio del arte la antigua fé que se había entibiado.

Su primer campo fueron las luchas contra los arrianos: luego sube de punto, merced á oradores que al combatir el orgullo del saber y la indocilidad del corazón que sostienen el parangón con los que la antigüedad produjera más ilustres, y sobrepujan en mucho á sus contemporáneos. Con especialidad en Oriente saben los Padres hacer que se plegue, no solo el arte, sino también el habla de los griegos, á las inspiraciones sagradas, y á explicar las nuevas ideas de la fé: sin embargo, este idioma no cesa de ser lo mismo que era cuando tronaba con Demóstenes ó lisonjaba con Isócrates: es como una melodía antigua que se hubiera adaptado á una nueva letra. Necesitábase esta cultura para ganar á la fé á las gentes instruidas y á los muchos que se habían ejercitado en los ejercicios retóricos. Por eso Juliano intentó embotar un arma peligrosa para su creencia escluyendo á los cristianos de la escuela. Unánimemente protestaron contra aquel inicuo edicto, y desde entonces se aplicaron con mucho más celo al estudio, como acontece con las cosas vedadas; de modo que Gregorio Nazianceno decía á los paganos: *Os abandono todas las demás riquezas, nacimiento,*

gloria, autoridad, bienes, que se desvanecen como un sueño; yo me reservo la elocuencia, y á trueque de conseguirla, no economizo fatigas, ni viajes por mar y tierra (2).

Es de sentir que las persecuciones de que fué víctima Atanasio por parte de sus enemigos, no hayan dejado sobrevivir ninguno de los discursos que pronunció durante su vida borrascosa, y con cuya ayuda trastornó el mundo cristiano. En sus obras de controversia (3) consagradas más bien que á la moral al dogma, desdeña las galas así como las formas de la retórica y de la filosofía griega, estrechando la argumentación, sin tocar nunca una cuerda patética, y acreditando no menos que la energía de la voluntad, la convicción de la inteligencia.

Gregorio y Basilio.—Al revés, Gregorio Nazianceno y Basilio se engalanan con todos los ornamentos del arte, aplicándose no á segregarse de un cuerpo vigoroso los miembros infestados, á semejanza de Atanasio, sino á reconciliarlos por el amor. Se ocupan menos en discutir la exactitud del dogma que en mejorar las costumbres, y aviando sus exhortaciones, con la elocuencia de un lenguaje castizo, y con el entusiasmo del convencimiento. Abandonando el pueblo griego los talleres, donde ganaba el cotidiano sustento, acudía curioso y anhelante á aquella enseñanza, que ocultaba el arte de Atenas bajo una sencillez popular y persuasiva (4). Sus discursos son más inteligibles para nosotros que los de los antiguos oradores, porque la causa de la humanidad, por ellos patrocinada, es más universal, más vital que la de una república. Después de tantos siglos todavía nos ofrecen el cuadro vivo de las luchas interiores, de las incertidumbres, de las esperanzas que acompañan al hombre en la corta travesía desde la cuna hasta el sepulcro.

Basilio (5) desarrollaba á las miradas del pueblo de Cesarea, las maravillas de la creación, para conducirle después á la contemplación del Criador. Todas las mañanas y todas las noches esponía el orden de las estaciones, los movimientos alternativos del mar, los instintos diversos de los animales, sus emigraciones regulares, y todo lo que produce más admiración en la naturaleza humana (6). «Si algunas veces, exclama, en una noche serena habeis pensado en el Criador del universo, fijando vuestros ojos en la inefable hermosura de los astros; si te has preguntado quién es el que ha sem-

brado el firmamento con tantas flores; si has estudiado durante el día las maravillas de la luz, y si te has elevado por las cosas visibles hasta las invisibles, en ese caso, eres un oyente perfectamente preparado, y puedes ocupar un puesto en este magnífico anfiteatro; venid á semejanza del que coge por la mano á los que no conocen una ciudad, así os voy á guiar como extranjeros á través de las maravillas de esta gran ciudad del universo.»

Describe y explica con ayuda de una física errónea á menudo, si bien con imaginación inteligente, y elevando de continuo las almas hacia el Criador, y haciendo brotar reflexiones morales de este gran libro de la naturaleza, en que todo es símbolo para quien sabe consultarlo. «Pero ¿puedo yo descubrir la hermosura, tal como aparece á los ojos de su Criador? Si el Océano es bello y digno de elogio delante de Dios, ¿cuanto más hermoso no es el movimiento de esta asamblea cristiana, en que las voces de los hombres, de los niños y de las mujeres, confundidas y resonantes, como las olas que se estrellan en la playa, elevan hasta el mismo Dios nuestras oraciones!»

Sus homilias están llenas también de unción evangélica, y especialmente de caridad. Por eso fué llamado el Predicador de la limosna, pues era á sus ojos un medio de reparar la desigualdad de las riquezas, principalmente en unos tiempos en que, según cuenta el mismo santo, se veía obligado á veces un padre á vender un hijo para comprar pan a los demás; espectáculo que arrastraba á Basilio hasta el punto de considerar toda riqueza como resultado del robo incógnito.

Pinta la fragilidad de la vida y de todas las cosas humanas con los colores de la Biblia, tan diferentes de los de Simónides y Estesicoro; hácela, por decirlo así, palpable con continuas imágenes vivaces: «De la misma manera, dice, que los que duermen dentro de un barco son empujados hacia el puerto, y llevados sin saberlo, al término de su viaje, así en la rapidez de nuestra vida fugitiva somos arrastrados hacia el último término por un movimiento insensible pero continuo. Duermes y el tiempo pasa; velas y meditas; y no por eso dejas de correr tu existencia. Somos correos, obligados á dar cima á un viaje. Pasas delante de todo: detrás de tí todo lo dejas; en el camino has visto árboles, prados, aguas, y todo cuanto puede recrear la vista. Has experimentado un instante de embellezo y has pasado adelante; pero has caído sobre piedras, precipicios, entre fieras, reptiles venenosos y otras plagas. Después de haber padecido un poco, los has dejado detrás de tu huella. Tal es la vida; no son durables sus penas ni sus placeres.»

Inducia el mismo asunto á la meditación á su amigo Gregorio Nacianceno (7), inferior á Basilio

(2) Contra Juliano.

(3) Han sido publicadas por el P. Mabillon en 3 tomos en folio, 1698.

(4) Debemos á Mr. Villemain una brillante disertación sobre *La elocuencia cristiana en el siglo IV.*

(5) *Sancti Basilii Casarea Capadocia archiepiscopi opera*; ed. Jul. Garnier. Paris, 1721-1730; 3 tomos en fol., reimpresas últimamente en 6 tomos en 8.º.

(6) *Exameron.*

(7) *Gregorii Nazianzeni opera graece et latine ex interpretatione Jac. Bili Prunaei.* Paris, 1609-1611. Una edición mejor emprendió después un benedictino; pero fué

en genio, aunque de una imaginación más brillante y más graciosa. A fin de tener libros que sustituir á los poetas profanos, cuando Juliano se los prohibió á los cristianos, compuso versos, inferiores en arte á los de los clásicos, si bien nuevos por sus sentimientos y su verdad. Indagando en ellos el enigma de nuestra existencia exclama: «¿Qué fui? ¿Qué soy? ¿Qué seré? Lo ignoro. Interrogo á los sabios y ninguno me sabe responder. Envuelto en nubes ando errante de un lado á otro, sin tener nada, ni aun siquiera el sueño de lo que deseo: pues estamos caídos y extraviados. Y mientras la nube de los sentidos pesa sobre nosotros, y parece más sabio que aquel que por la mentira de su corazón vive más engañado. ¿Qué soy? porque lo que era ha desaparecido, y ahora soy otro hombre. ¿Qué seré mañana, si soy todavía? Nada duradero. Paso y me precipito á semejanza del curso de un río. Dime á que me parezco más, y parándote en este punto, contéplame antes de que me disuelva. No se vuelven á pasar ya las ondas que se han pasado: no se vuelve á ver el mismo hombre á quien se ha visto una vez. Alma mía. ¿Qué eres? ¿de donde emanaste? ¿quién te ha puesto para mover un cadáver? ¿quién te ha impuesto las cadenas de esta vida? ¿cómo tú que eres el soplo de vida te has mezclado á la materia? ¿cómo tú que eres espíritu te has mezclado á la carne? Si naciste á la vida al mismo tiempo que el cuerpo, ese es para mí un funesto enlace. Soy imagen de Dios, y soy hijo de un placer vergonzoso. La corrupción me ha engendrado. Hombre hoy, mañana seré polvo: he aquí las últimas esperanzas; pero si algo tienes de celeste, alma mía, muéstramelo: si, como presumo, eres un soplo, una partícula de Dios, desecha la mancha del vicio, y te creeré.»

Pero recobrándose de su funesto dudar exclama: «Hoy las tinieblas, después la verdad, y entonces conocerás todas las cosas, contemplando á Dios ó devorado por las llamas.... Así cuando mi alma hubo pronunciado estas palabras decayó mi pena: y por la noche volví de la selva á mi morada, alternativamente risueño por la locura de los hombres y todavía sosteniendo nuevos combates en mi espíritu agitado.»

«¿Porqué, exclama en otro lugar, no tengo las alas de la golondrina ó de la paloma? ¡Con cuánta rapidez huiría entonces de la compañía de los hombres, para irme á vivir en la soledad, en medio de las fieras más fieles que los hombres! Allí correrían mis horas sin fastidio ni pesadumbre, y no sirviéndome de la razón, que me hace superior á las fieras, más que para conocer á la divinidad y elevarme hasta el cielo, saborearía juntamente con la contemplación los placeres de una existencia completamente tranquila. Allí como si hablara

interrumpida por su muerte, y volvió á continuarse en Paris sobre el texto preparado por el mismo, reimprimiéndose el primer tomo que ya se había publicado.

desde un lugar elevado, gritaría á los habitantes de la tierra: Hombres condenados á morir, séres de un momento, vosotros que vivís solo para ser presa del sepulcro, y correís en pos de vanas ilusiones: ¿hasta cuando, errantes de la inteligencia, soñareis en pleno día? ¿cuándo acabareis de arrastrar por este mundo la cadena de vuestros extravíos? ¡Débiles mortales! ¡unos instantes más, y no seréis más que polvo! A todos aguarda una misma suerte. Ricos y pobres, súbditos y reyes, rodeados de las mismas tinieblas, todos irán á caer en un mismo punto. Ya no se distinguirá á los poderosos de la tierra más que por sus suntuosos mausoleos, donde se leerán sus nombres y sus títulos, en mármol y bronce.»

La elocuencia de este santo, dotado de una imaginación espléndida, se nutre con esta poesía ideal y meditativa: en sus escritos se asocia la osadía oriental al aticismo: la delicadeza de un lenguaje lleno de elegancia á los desordenados vuelos del entusiasmo; la austeridad del apóstol al refinamiento del retórico. Si llora sobre las sepulturas, parece que se oye á Jeremías. Si fulmina invectivas contra Juliano, parece que se oye á Isaías, y su noble elocuencia se regula por modos y pensamientos finos é ingeniosos, á los que se mezclan felizmente ideas de ternura.

Nunca parecía el hombre eminente á los ojos de los santos Padres por sus dignidades y empleos, sino por sus méritos. De consiguiente, dejando á los adoradores de lo pasado los panegíricos de los monarcas y héroes, empleaban su elocuencia en elogiar á los hombres de sencillas é ignoradas virtudes, á quienes la muerte había ya sujetado á aquel juicio ante el cual enmudece toda reflexión humana. El brillo que saca la elocuencia profana de la narración de ruidosas proezas, y del contraste entre la grandeza y la nada, está compensado por el sentimiento patético que inspiran las virtudes benévolas consagradas al servicio de los hombres. En la oración de su hermano Cesáreo, no teniendo Gregorio que elogiarle por ninguna acción pública, se detiene en sus cualidades morales, y dice como fueron perfeccionadas en él por la educación: como tuvo ocasión de ejercitarlas, á fin de oponer resistencia á la seducción más peligrosa de todas, la amistad de los magnates. «Habiéndose perdido á sí propio Juliano, dice, renunciando á Cristo comenzó á atontar á los demás. No se conducía á semejanza de los antiguos enemigos de la fe, profesando claramente la impiedad, sino encubriendo cortesmente la persecución. Como primer artificio, para quitarnos la gloria del martirio, hacia condenar como malhechores á los que eran perseguidos en calidad de cristianos, y para aparentar que empleaba la persuasión en vez de la violencia, sometía á la vergüenza más bien que al peligro á los que permanecían fieles. Cuando hubo ganado á muchos por el atractivo de las riquezas, y con promesas á otros, y á todos por la seducción de sus discursos y por la autoridad del ejemplo,

quiso en fin asaltar á Cesareo. ¡Insensato! ¿Presumia que sería fácil presa mi hermano, el hijo de mis padres? Y después de describir la lucha que tuvo que sostener su hermano, añade: «Quizá habéis temido que Cesareo fuera á ceder á alguna cosa indigna de su alma. Tranquilizaos; la victoria está con Cristo, que venció al mundo.» Con efecto viéndose Juliano en la estrechura de sus esfuerzos, había exclamado: ¡Venturoso padre! ¡Infelices hijos!

Sin embargo, el sepulcro no inspira á los cristianos ideas de pesadumbre y de tristeza; ven allí un santo y saludable aviso. «¿Cuánto, oh venerables ancianos (prosigue Gregorio dirigiéndose á sus padres) cuánto tendremos todavía que esperar antes de reunirnos en Dios? ¿cuántas pruebas nos quedarán que sufrir? Si toda la vida es brevísima en comparacion de la eternidad de Dios, mucho más fugaces todavía son estos restos de vida, este último soplo que empieza á extinguirse. ¿En cuánto tiempo se nos habrá anticipado Cesareo? ¿cuánto tendremos todavía que llorar su pérdida? ¿no corremos nosotros hácia la misma morada? ¿no estamos para entrar bajo la misma losa? ¿no seremos también dentro de poco la misma ceniza? ¿qué nos valdrá este retraso de pocos días? Algunos males más que ver, que padecer, y quizá que causar, para pagar después á la naturaleza la deuda común é inevitable. Seguir á unos, preceder á otros, llorar á aquellos, ser llorado por éstos y recibir de nuestros sucesores el tributo de lágrimas que nosotros pagamos á los que nos han precedido. Tal es la vida de los mortales; tal es la escena del mundo; salimos de la nada para vivir, vivos tornamos á la nada. ¿Qué somos? Un sueño fugaz, un fastasma que no puede palpase, el vuelo de un pájaro que pasa, el bajel que huye por el mar sin dejar rastro; polvo, vapor, rocío de la mañana; flor que hoy se entreaire, y al día siguiente se marchita.»

Se eleva el pensamiento religioso desde esta nada á toda la grandeza del hombre, y el orador aplicándose á sí una verdad general de fe, exclama: «Entonces veré á Cesareo: no ya desterrado, no sepultado, no objeto de lágrimas y de compasión, sino triunfante, glorioso, coronado, como muchas veces, oh dulcísimo hermano, te me apareciste en sueños, bien fuese realidad ó ilusion de mis deseos. Hoy, en cesando el lamento, me examinaré para ver si llevo en mí sin saberlo algún gran motivo de dolor. Hijos de los hombres, ya es tiempo que os dirija la palabra: ¿hasta cuándo seréis duros de corazón y ciegos de entendimiento? No sabremos nunca conocer y despreciar lo que se presenta á nuestros ojos, para fijarnos en las grandezas visibles á los de la inteligencia. Y si por necesidad tenemos que apesadumbrarnos ¿no es mejor que nos lamentemos de que se prolongue nuestro destierro y de encontrarnos detenidos demasiado tiempo en estas tumbas vivas que llevamos con nosotros? Este es mi dolor, este es el cuidado de día y de noche me aqueja y no me deja respirar en paz.»

Leyendo esta oracion de San Gregorio se comprende la verdad de este ingenioso pensamiento suyo: «El consuelo que un hombre ofrece llorando sus propios males, es poderosísimo para los que lloran; y el que mejor sabe consolar á los afligidos, es el que padece como ellos.»

Gregorio hizo también el elogio de su hermana Gorgonia, opinando que si es impiedad el quitar á los parientes sus bienes, lo mismo y con duplicidad de razon es privarles de las alabanzas que no escatimamos á los extraños. Una mujer piadosa, que había vivido en santa austeridad, y que había muerto dulcemente (8), suministró al sentimiento de Gregorio cuadros de tanto atractivo, que causa pena verle recurrir por momentos al arte, para acudir en ayuda del asunto cuando le parece débil.

Toma más seguro vuelo en el elogio de su padre, obispo de Nacianzo, donde se espacia á la vez en el dolor de un hijo y en el afecto de un amigo. Dirigese en el exordio á San Basilio, en presencia del cual habla: «Hombre de Dios, siervo fiel y sabio dispensador de los divinos misterios ¿de dónde vienes? ¿qué quieres? ¿qué beneficio nos traes? ¿Vienes á buscar al pastor ó á examinar el rebaño? Si por nosotros vienes ¡ay! nos hallas apenas con vida, y heridos por la muerte en la más cara parte de nosotros mismos.» A veces, dirigiéndose á su madre, le dijo: «Aunque te parezcan en oposicion la muerte y la vida, estan en relacion entre sí, y la una hace las veces de la otra. No sé si la esperanza que nos libra de los presentes males para conducirnos á una vida celestial puede denominarse muerte. Solo es verdadera muerte el pecado. ¡Oh madre! te falta alguno que cuide de tu ancianidad; pero ¿dónde está el Isaac que dejó mi padre para suplirlo todo?»

Con placer recuerda en el elogio de San Basilio su educacion comun, sus cuidados comunes. Estas severas memorias acerca de su familia, acerca de sí propio eran desconocidas del arte antiguo; no solo del que entonces adulaba á los emperadores, fuesen Trajano ó Valente, Constantino ó Juliano. Sin embargo no querriamos presentar á Gregorio como modelo de elocuencia sagrada: busca demasiado los artificios de la retórica, que no le ayudan á fundar la moralidad con los hechos, á evitar las digresiones, las prolijidades, á desechar el oropel que tiene el aspecto de novedad, y no la sustancia. No obstante, el calor y la elevacion que saca su lenguaje de las ideas superiores, aunque se complazca en un moderado estilo, la riqueza de las imágenes, de las comparaciones, de las espresiones metafóricas, su talento para escribir, le dan cabida entre los Padres contemporáneos sin exceptuar á San Juan Crisóstomo.

(8) «En torno de ella corrian mudas lágrimas; dolor inconsolable, pero silencioso: haciendo cada cual caso de conciencia en honrar con sus gemidos la partida tan sosegada de la cristiana, cuya muerte parecia una devota solemnidad.»

Se han recogido ciento cincuenta y ocho poemas de San Gregorio, sin contar muchos epigramas y la mezquina tragedia titulada *Cristo padeciendo*: además doscientas cuarenta y dos cartas, doctrinales algunas de ellas, familiares las más. A un amigo que le preguntaba si convenia que las cartas fueran largas ó cortas, le responde que la oportunidad debe regular la medida. «¿A qué viene escribir con prolijidad, si es poco lo que hay que decir? ¿Por qué reducirse á algunas líneas cuando lo que hay que comunicar es mucho?... La precision requerida en una carta es la claridad; no hay pues que engolfarse en un laberinto de palabras estériles en que solo aparezca la mania de hablar. En este género el principal mérito consiste en hacerse igualmente agradable á los ignorantes que á los doctos; á los primeros por un lenguaje que no sea superior á su flaca inteligencia; á los otros por un estilo que, sin ser vulgar, se haga comprender sin esfuerzo. Viene en seguida el mérito de hacerse agradable, que no se debe aguardar de un asunto árido y desnudo de importancia, ni de una locucion incorrecta, propia solamente para inspirar desvio y enojo, no prestándose á las sentencias, ni á las alusiones, es decir, á lo que sazona y realza el discurso. Domine la naturalidad sobre todo. Un día quisieron las aves nombrarse un rey; cada cual exaltaba su mérito; fué elegida el águila, reputándola por la mejor de todas, en razon á que no alegaba pretension alguna.»

También poseemos cerca de cuatrocientas cartas de San Basilio que pueden servir de modelo de discusion epistolar. En el tratado á los jóvenes *Sobre la manera de leer con fruto las obras de los gentiles*, recomienda estudiarlos ante todo para encontrar en ellos ejemplos de virtud, y después porque todo cuanto contienen de útil y de verdadero fué tomado de las Sagradas Escrituras, opinion que entonces era vulgar. Podia añadir que esto era un medio de perfeccionar el gusto, y de ejercitar la crítica y el entendimiento. Su mérito consiste en haber impedido con este opúsculo la destruccion de los libros profanos, á la cual se entregaba con inmoderado celo.

Gregorio de Nisa.—Su hermano Gregorio de Nisa era profesor de retórica: después tomó las órdenes y se dedicó á la teología, á la que llevó el amor de la filosofia profana, titubeando entre Platon y el Evangelio, esplicando los dogmas con ayuda del racionismo y por el método alegórico del Oriente, sin incurrir en el error á pesar de todo. La oracion fúnebre de San Gregorio Nacianceno, por él compuesta, es una obra estremadamente mediana, y al mismo tiempo teológica, en la que no se hallan vivificadas las pinturas por la imaginacion ni por el sentimiento: se deja arrastrar por el misticismo á una aridez metódica, en vez de sacar de allí el colorido oriental y de elevarse al espectáculo de los progresos del cristianismo.

Sinesio, 350-431.—Sinesio de Cirene, discípulo de Hipatia, fué escogido por sus conciudadanos,

á la edad de diez y nueve años, para presentar á Arcadio una corona de oro que le habían decretado, y pronunció delante de este príncipe un discurso sobre el arte de gobernar (*περί βασιλείας*), cuya noble y prudente franqueza ha sido objeto de justos elogios. Cuando Claudiano ensalza las hazañas y las virtudes del ocioso é imbécil Honorio, agrada ver al jóven orador africano como hacer oír á Arcadio verdades dignas de la antigua firmeza; ponerle de manifiesto la decadencia de la disciplina militar, cuando ciudadanos y súbditos compraban la exencion del servicio, mientras que los escitas desertores ascendian á las primeras dignidades, y la juventud extranjera despreciando el freno de las leyes, aspiraba á usurpar las riquezas, no á imitar las artes de un pueblo que menospreciaba y detestaba. Exhorta al emperador á reanimar con su ejemplo el valor de sus súbditos; á desterrar el lujo de la corte y de los campamentos; á reemplazar los bárbaros, que venden su sangre á precio de oro, con un ejército interesado en defender la propiedad y las leyes; á obligar, en un peligro inminente, á los artesanos á abandonar los talleres, y á los filósofos á salir de las escuelas; á despertar la ciudad de su indolente sueño; á armar á los cultivadores para la defensa de sus campos, y á combatir poniéndose á la cabeza de ellos á una nacion agena á toda virtud, para no deponer las armas hasta haberla reducido á la condicion de ilotas.

Convertido después al cristianismo siguió estudiando á Platon, aspirando á conciliarle con el Evangelio, y llegando á veces á dar la preferencia al filósofo. Conducido de esta suerte á adoptar opiniones metafísicas poco rectas, creia en la inmortalidad del alma, aunque no en la eternidad de las penas: sus ideas sobre la creencia divina eran puras, si bien trataba de frivolidades las cuestiones relativas á los dogmas. Durante mucho tiempo, por adhesion á sus opiniones, y para no separarse de una esposa querida, renunció al obispado de Tolemaida en la Cirenáica, y escribia á su hermano: «Comparto actualmente mi tiempo entre el placer y el estudio. Cuando medito, especialmente sobre las cosas del cielo, me recojo en mí mismo; al revés, cuando me entrego al placer soy el mejor compañero. Pero un obispo debe ser un hombre de Dios, ageno á todo placer, flexible, rodeado de mil miradas que contemplan todos sus actos, ocupado en las cosas celestes, no para sí, sino para los demás, puesto que es el doctor de la ley y debe hablar como ella.» Y añadía: «Dios mismo y la sagrada mano de Teófilo me han dado una esposa: así declaro que no quiero separarme de ella, ni vivir furtivamente en su compañía á semejanza de un adúltero. Al revés, quiero y anhele tener muchos y virtuosos hijos.»

Se atribuía tanto precio á su adquisicion que, á pesar de su matrimonio, fué consagrado obispo (410), y demostró que sabia comprender la dignidad de este título, así como la distincion entre

el poder eclesiástico y el temporal. «En los tiempos antiguos, dice, unos mismos hombres eran sacerdotes y jueces. Pero como la obra divina se cumplía de esta suerte de un modo completamente humano, Dios separó estas dos existencias: una continuó siendo religiosa, y la otra enteramente política. ¿Por qué reunir lo que Dios ha separado, introduciendo, no el orden, sino el desorden en los negocios? Nada más funesto. Teneis necesidad de proteccion, acudid al depositario de las leyes; necesitais de las cosas de Dios, recurrid al sacerdote de la ciudad. La contemplacion es el único deber del sacerdote digno de este nombre.» (9)

Así, cuando Andrónico introdujo en la Cirenaica suplicios y tormentos, inusitados en aquella colonia griega, Sinesio empleó consejos y súplicas para ablandarle; pero no pudiendo conseguirlo, le prohibió la entrada en la iglesia de Tolemaida, exhortando a las demás iglesias de Oriente a imitar su ejemplo. No creía usurpar los derechos seculares protegiendo a su rebaño. En cambio, cuando aquel mismo gobernador fué destituido, le amparó Sinesio contra la ira del pueblo.

El imperio, que no sabía refrenar a sus propios magistrados, todavía podía menos contener a los bárbaros. Hordas, en que llevaban armas hasta las mujeres, se precipitaron sobre la Cirenaica, talándolo todo, no perdonando mas que a los niños, a fin de reparar sus pérdidas. Gemía el obispo viéndose como aquel huracan destruía totalmente la civilización griega y cristiana, y mezclando con la mayor sencillez sus recuerdos piadosos y profanos, exclamaba: «¡Oh Cirene, cuyos registros públicos hacen remontar mi nacimiento hasta los Heráclidas! ¡Antiguos sepulcros de los dorios, donde ya no tendré cabida! ¡Desventurada Tolemaida, de la cual habré sido el último obispo! No puedo decir más: los sollozos anudan mi voz en mi garganta. Me sobrecoje completamente el temor de verme quizá forzado a abandonar el santuario. Preciso es embarcarnos y huir; pero cuando me llamen para la partida, suplicaré que se me espere: iré ante todo al templo de Dios, daré vuelta al altar, bañaré el pavimento con mis lágrimas, y no me alejaré antes de haber besado el umbral y la sagrada mesa! ¡Cuántas veces llamaré a Dios! ¡Cuántas veces me asiré a la verja del santuario! ¡Pero la necesidad es omnipotente é implacable! ¡Cuánto tiempo permaneceré además en pie sobre los baluartes y defenderé el paso de nuestras torres! Me siento abatido por las vigiliás, por la fatiga de colocar centinelas nocturnas, para guardar a mi vez a los que guardan mi persona. Yo que á menudo pasaba las noches sin doblarme al sueño contemplando el curso de los astros, me siento abrumado ahora por estas vigiliás, para defendernos de las incursiones enemigas. Apenas dormimos algunos momentos medidos por la clepsidra: mi reposo es

(9) SYNESII opera, pág. 198.

interrumpido por el grito de alerta, y si cierro los ojos, ¡en qué horrosos sueños me sumen las ideas del día! Los veo espulsados, prisioneros, heridos, cargados de cadenas, vendidos como esclavos... No obstante permaneceré en mi puesto en la Iglesia: colocaré delante de mí los vasos sagrados; abrazaré las columnas que sostienen la sagrada mesa; allí estaré mientras viva; allí caeré muerto. Soy ministro de Dios ¡Y si quizá conviene que se haga el sacrificio de mi vida, Dios dirigirá alguna mirada sobre el altar regado con la sangre del pontífice!»

Animados los ciudadanos por sus palabras y por su ejemplo defendieron la ciudad y rechazaron los asaltos de los bárbaros, quienes, derramándose por el resto de la provincia, la despoblaron para siempre. Acaso Sinesio pereció también bajo el acero del enemigo, ó por el dolor.

Orador y poeta, escribió con elegancia, elevándose á veces hasta lo sublime y engalanando las materias más abstractas, ora con la poesía, ora con rasgos de mitología y de historia. Dirigió á un hijo que iba á nacerle un discurso sobre su *vida literaria*, en el cual dice que, para llegar á ser filósofo y no sofista, había estudiado en Dion Crisóstomo, y cultivado, á imitación suya, la poesía al mismo tiempo que la oratoria. Opuso al discurso que este escritor elocuente había compuesto en alabanza de los cabellos, *el elogio de la calvicie*, lleno de brio y de delicadas alusiones, mezcladas con observaciones morales. En el libro titulado *El Egipto ó De la Providencia*, pinta la condicion del imperio romano bajo la alegoría de Osiris y Tifon, aspirando á demostrar que las calamidades públicas no dan razon para acusar á la Providencia. Otros tratados hacen ver en él un aprovechado discípulo de Platon en el arte de revestir con felices espresiones los pensamientos más profundos.

Sus ciento cuatro epístolas amistosas y de negocios son tan agradables como instructivas; ora protesta de su respeto á la bienaventurada señora Hipatia (*δέσποινα μακάρια*), su madre, hermana, maestra y bienhechora suprema; ora refiere á su hermano su travesía á Constantinopla; y siempre obtiene el más precioso fruto que puede dar de sí un escrito, el amor de los lectores.

Compuso también diez himnos en versos yámbicos, en los cuales mezcló á las verdades evangélicas ensueños platónicos, hermoseando el conjunto con imágenes poéticas, y elevándose al idealismo meditativo, que, sin embargo, se hace monótono en breve. «¡Dichoso el que, esquivando los voraces gritos de la materia, y escapándose de aquí abajo, asciende hácia Dios en rápido curso! ¡Dichoso el que libre de las penas de la tierra, y lanzándose por las vias del alma ha visto las profundidades divinas! Es un enorme esfuerzo levantar el alma sobre las alas de los celestes deseos. Sustenta este esfuerzo con el ardor que le inclina á las cosas intelectuales. Cada vez se mostrará más cerca de ti el padre celeste tendiéndote la

mano. Un rayo precursor resplandecerá en tu camino, y te abrirá el horizonte ideal, manantial de la belleza ¡Valor, alma mia! tu beberás en las fuentes eternas, remóntate con la oracion hácia el Criador, y no tardarás en abandonar la tierra. Bien pronto, mezclándote al Padre celeste, serás Dios en Dios.»

Efren, 320-70.—Efren de Edesa ó de Nisibe en Mesopotamia, fué un portento de amor en medio de los litigios á que se abandonaban hasta los mismos santos. Alejado del mundo, apenas conoció el nombre de los Santos Padres, hasta que habiéndole sido revelada la gloria de San Basilio, fué á visitarlo y á causar su admiracion. Ignorante del griego, sin educacion, abrazó la vida monástica y se hizo su panegirista, luego que observó sus portentos en Egipto. Fué tan pobre que nunca tuvo cama, baston ni alforjas; velaba, ayunaba, derramaba muchas lágrimas; lleno de verdadera humildad, alabábase tan solo de una cosa, de no haber dicho mal de ninguno, y de no haber tenido una disputa con nadie; reprendíase el haberse inclinado demasiado á la misericordia, por lo cual esperaba perdón.

En las *Parentesis* dirige exhortaciones á los monjes, dándoles una especie de regla para sus trabajos y para sus oraciones: luego en sus *Discursos sobre los santos Padres que murieron en paz*, bosqueja la vida de los pastores solitarios de la Mesopotamia con vuelos de amor y de imaginacion. Describe en la *Confesion* su propia vida, ó más bien la manera con que pasó de las dudas á la certidumbre católica. Los caracteres de su estilo son la unción y la sencillez; el cual es rico en imágenes, tomadas las más de la vida campestre, limpio de los adornos retóricos, demasiado comunes en los Padres griegos, y conocedor profundo de las Sagradas Escrituras, que describe perfectamente (10). Habiendo compuesto los gnósticos,

(10) *Sancti patris nostri Ephrem syri opera omnia que extant graece, syriace et latine, ad manuscriptorum codicum vaticanorum aliquot castigata*, Roma, 1757, 6 tomos en fol., bajo la direccion de Gerardo Vollio.

Véanse algunos de sus pensamientos tomados de su sermón ascético á imitación de los *Proverbios*: Poda la palma y se hará más alta. Del mismo modo el alma, libre de los cuidados del siglo, se eleva hácia el cielo.—El que conserva en el pecho la memoria de las injurias alimenta en él una serpiente. El que las soporta cierra al leon en la caverna.—Como un arpa multicolorde en manos de un músico diestro, así está toda la carne en manos de Jesucristo nuestro Salvador.—La ira y la envidia bajo el velo de la piedad son agua amarga en vaso de oro; dulce se hará en contacto con el árbol de vida.—La Iglesia no está hecha de columnas sino de hombres.—El escollo que está en medio del mar no puede impedir que le embistan las olas, pero resiste su impulso. Del mismo modo no podemos suprimir nuestra fantasía, pero si resistirla.—No es virtud el ser insensible al desprecio, sino verlo y desdeñarlo.—La tranquilidad de ánimo, unida al temor de Dios, es un carro de fuego que nos eleva al cielo. ¡Oh tranquilidad, perfeccion del mongel

y especialmente Bardesanes y Armónico, himnos que cantaban muchos, creyéndolos inocentes, aunque estaban atestados de errores, Efren compuso cincuenta y dos sobre los mismos tonos, si bien con sentimientos ortodoxos, alguno de los cuales se cantan aun por los maronitas y por los cristianos de la Mesopotamia. Cantó á Maria con acentos que no los empleó más fervientes San Bernardo. Sus cantos de muerte (*Necrosima*), destinados principalmente á los funerales de los monjes, son ricos en poesia. Alaba sus virtudes presentándoles como modelos y envidiando su suerte porque «no oyen ya gemidos, sino la palabra de Dios, la recompensa del dolor, la prenda de una gran esperanza; no han muerto; descansan en Jesucristo.»

El pensamiento de una nueva vida consuela de los dolores y de la pérdida de una existencia fugaz; sentimiento que basta para distinguir el dolor pagano del cristiano, como se distingue la desesperacion de la sonrisa de la confianza. En ocasion de la muerte de un niño, dice: «¡Cuán acerbo es el dolor de una madre que pierde á su hijo! ¡Cuán dura es la separacion de la madre del hijo! Tú, Señor, que acoges á los desterrados en tu casa paterna, cuidarás de los huérfanos. El día en que muere un hijo abre una honda llaga en el alma de sus padres, les arranca el báculo de su ancianidad. ¡Oh Señor! tu caridad les sustente. La muerte ha arrebatado á la madre su único hijo: le ha cortado su brazo derecho, ha destrozado todos sus miembros. ¡Oh Dios mio! ¡devuelve á esa madre su vigor antiguo! La muerte ha separado á la madre de su primogénito: esta madre queda infeliz y desconsolada. ¡Oh Dios mio! contempla su abandono, consuela su pena. La muerte ha arrancado al niño del seno de su madre, y la pobre madre llora inconsolable su pérdida. ¡Oh Dios mio! ¡haz que vuelva á ver su hijo en el cielo! ¡Dichosos niños que gozais de la bienaventuranza de los santos! ¡Infelices ancianos á quienes la muerte ha dejado en medio de las aflicciones de esta vida! Toda una familia, víctima de la desolacion, invoca ¡oh Dios mio! tus consuelos.»

San Cirilo, patriarca de Jerusalem, publicó las predicaciones que hacia á los neófitos (*catequesis*), esponiéndoles la sustancia del dogma, de la moral y de la disciplina (11); son un gran testimonio de la inmutabilidad de la creencia católica. Para lo mismo sirven las instrucciones de Gaudencio, obispo de Brescia, en que se advierten á cada paso rasgos de elocuencia.

Eusebio de Cesarea, 270-338.—Discípulo de Pánfilo, mártir en tiempo de Galerio, fué Eusebio de Cesarea, á quien por esta razon se le dió el sobre-

¡oh tranquilidad, escala del cielo, V. *Correspondent*, noviembre, 1844.

(11) *Sancti Cyrilli archiep. hierosol. opera; edid. Aug. Tuntit. Paris, 1720, en folio.*

nombre de Panfilo. Educado en Palestina fué encarcelado como cristiano, é incurrió en sospechas de hacer recuperado su libertad sacrificando á los dioses. Mostróse favorable á Arrio, hasta el momento en que este heresiarca fué convicto de error y condenado. Explorador ávido de todas las doctrinas se esforzó á fin de conciliar las opiniones paganas con las del cristianismo, lo cual hace que se hallen mezclados en sus libros Pitágoras, Platon y Jesucristo. Además de la vida de su maestro compuso cinco libros en defensa de Orígenes, y discusiones teológicas, principalmente contra Marcelo de Ancira, en que deja columbrar dudas sobre la naturaleza del Verbo.

Pero su obra más importante es la *Preparacion evangélica*. Es una coleccion de pasajes extractados de más de cuatrocientos autores, cuyos escritos se han perdido en gran parte, hecha para servir de introduccion filosófica á la ciencia del Evangelio demostrando contra hebreos y gentiles, que el cristianismo no fué adoptado con una fé insensata y una credulidad temeraria, sino con sumo juicio, y superando en mucho á todos los sistemas paganos. En los seis primeros libros se ocupa Eusebio en probar la vanidad de estos: en los otros nueve espone los motivos que determinaron á los cristianos á adoptar la teología de los hebreos. Pasa, pues, revista á la cosmogonia de los fenicios, segun Sanconiaton, de los egipcios, segun Maneton, de los griegos, segun se halla expuesta por Diodoro de Sicilia, Evehemero, y Clemente de Alejandria. Sostiene que la doctrina de Platon es poco superior á la del vulgo, y que las interpretaciones alegóricas de la mitología fueron tambien refutadas por los romanos, en atencion á que la creencia comun las aceptaba en el sentido material. Sentó que las esplicaciones dadas con ayuda de la historia natural ó de la moral no pueden sustentarse tampoco; que el culto y los sacrificios se dirigian á los demonios arrojados más tarde de la tarde por Cristo; por último que no habia que creer en el destino, ni en una potestad ejercida por las estrellas sobre las acciones humanas.

Vencidos sus adversarios trata de la indole del sistema hebraico, luego de sus fuentes, y opina que si los filósofos griegos, y con especialidad Platon, emitieron alguna idea buena, la tomaron de las Sagradas Escrituras, fluctuando por los demás en medio de vanas hipótesis y de contradicciones perpetuas.

Después de haber establecido las bases de la doctrina hebraica como *preparacion*, continuó en la *Demostracion evangélica*, patentizando los motivos en virtud de los cuales, apartándose los cristianos de la excelente doctrina de los judios, abandonaron ciertos métodos de vida que no convenian más que á un pueblo aislado, obligado á sacrificar en un solo templo, cosa imposible á una religion que abarca todas las naciones del universo.

A fin de dar fe á los libros históricos del Antiguo Testamento, compuso la *Crónica ó Historia*

Universal (*παντοδαπή ιστορία*) en dos libros. Narra en el primero (*χρονογραφία*) los sucesos principales ocurridos en todos los pueblos hasta el año 325 de Jesucristo. Consagra una seccion á cada pueblo, valiéndose de extractos de diferentes escritores actualmente perdidos: se compone el segundo (*χρονοικός κανών*) de tablas sincrónicas, donde se hallan anotados de diez en diez años los nombres de los monarcas y los principales acontecimientos, á contar desde la vocacion de Abraham. Esta obra se ha encontrado en nuestros días (12); y aunque el resultado no haya correspondido á las esperanzas, sí ha añadido poco á los conocimientos que ya poseíamos, á lo menos los ha confirmado.

En la vida ó *Panegirico de Constantino* lleva la adulacion hasta suponerle en comunicacion inmediata con la divinidad, y le invita á participar al mundo lo que le han enseñado sus visiones celestes. Sin embargo, tomando á veces la gravedad episcopal, le hace oír las verdades evangélicas, y asocia á la alabanza útiles y severas lecciones.

Su *Historia eclesiástica*, materia sobre la cual escribió antes que otro alguno, empieza en el origen del cristianismo y termina en el concilio de Nicea: es una coleccion de recuerdos contemporáneos, unidos y discutidos con método y discernimiento, y espuestos con sencillez y franqueza. Le debemos no hallarnos rodeados de tinieblas en todo lo concerniente á los primeros tiempos de la Iglesia. Su intento no se proponia tanto componer un libro edificante para los fieles, cuanto una esposicion que poder presentar á los gentiles para arrancarles de los sistemas erróneos y de las preocupaciones de la educacion. Allí presentó, pues, al cristianismo en todo su brillo, sin atacar de frente la antigua creencia, y obsteniéndose de discusiones hostiles. No hace mencion del arrianismo, y quizá terminó espresamente su historia en el año precedente á aquel en que fué condenada la herejía, para no verse en la necesidad de manifestar su propension hácia ella.

Comprendió que la historia debía tomar un nuevo aspecto. «Mientras que los demás cuentan las victorias y los triunfos de los insignes capitanes, las varoniles hazañas de los héroes que han derramado su sangre en defensa de su patria, de sus hijos, de sus bienes, nosotros que escribimos la historia de una vida divina, tenemos que esponer guerras sagradas, hechas para la paz del alma y de la conciencia, en favor de la verdad y no de la patria, en obsequio de la piedad y no de las personas queridas: debemos confiar á los monumentos perpetuos de las letras la insigne constancia de los atletas cristianos, la invencible energia de sus almas, los trofeos erigidos por ellos contra los demo-

(12) En 1784 en Constantinopla en una version armenia publicada en Milan por Mai y Zobrab, en 1818, y posteriormente mejor por Aucher en Venecia, 1828.

nios, sus victorias invisibles á ojos mortales, las coronas de eterna memoria que les han sido adjudicadas.» (13)

San Nilo el Mayor de Ancira dispuso el *Manual* de Epicteto para uso de los cristianos, además dejó capítulos parenéticos, y gran número de cartas en que la moral se halla espuesta de una manera que atrae y deleita.

Juan Crisóstomo.—En San Juan Crisóstomo, imagen viva de la Iglesia de Oriente, cual lo fué San Agustín de la de Occidente, se hallan reunidas la natural claridad de la elocucion, la magestad de las ideas, lo patético de los sentimientos, el poder del raciocinio, la abundancia y la osadia de las imágenes, y en suma, toda la ciencia de aquel tiempo. Gran conocedor de todas las maneras y giros elegantes de la lengua griega, conocia todos los modos con que puede ser dispuesta y variada la palabra. Pinta con los vivos colores del drama la deformidad del vicio, ó escita las pasiones en favor de la verdad, al mismo tiempo que oculta con destreza la ventaja que saca del uso magistral que hace la retórica y de la filosofía. En Antioquia, y cuando todavia no absorbían su tiempo los trabajos eclesiásticos, escribió sus largos tratados, y especialmente el del *Sacerdocio*, en el cual el incesante vigor del raciocinio no entibia el afecto. Consagró tres libros á la defensa de la *vida mundana*, contra los cristianos que se burlaban de los monges, y se vanagloriaban, ora de haber dado golpes ó maltratado á uno, ora de haber hecho burla á otro, de haber instigado al juez, ó de haber causado su encarcelamiento. A los ojos de San Juan Crisóstomo, el desprecio de las riquezas, de la gloria, del poder temporal, hacen al monge libre, poderoso, venerable, superior á todos los demás hombres.

Ordenado sacerdote desde la edad de treinta y ocho años, escribió homilias que atraian á escucharlo á los que estaban lejos, y hacian estallar á menudo á los oyentes en estrepitosos aplausos. No cabe en lo posible comprender su vigor no leyendo más que fragmentos sueltos, cuando su belleza consiste principalmente en el conjunto, en el calor que desde el principio hasta el fin las anima; en la viveza de aquella abundancia asiática que sirve de adorno á una moral siempre pura y generosa, en la magia de un estilo que reviste el pensamiento con las espresiones más adecuadas, claras para instruir, pintorescas para describir, enérgicas para exhortar, patéticas para enternecer ó consolar. La imaginacion, en él predominante, debía agradar mucho á gentes que acababan de salir del paganismo, é inclinadas á dar cuerpo á todos: de la cual sacó provecho para despertar los sentimientos más profundos del corazón humano. Inimitable en el arte de conmover y de interesar, sabe deducir una enseñanza de los más estériles asuntos, revis-

tiendo y coloreando fantásticamente las ideas más sutiles, sin descuidar nunca la ocasion de escitar á la devocion y la ternura.

No obstante este continuo brillo no es bastante variado, y aquella abundancia oriental es más conveniente para el discurso pronunciado que para la lectura. No ofrecen tanta perfeccion las que compuso en Constantinopla, por atropellarle en su tarea la necesidad de consagrar asiduamente sus cuidados á las almas ajenas; pero el infortunio, el peligro, el contraste, le restituyeron en el destierro la energia y la dulzura que aparecen de nuevo en sus cartas, como en los tiempos de sus más hermosos años.

No divide sus discursos en muchos puntos: este uso, fué introducido por los escolásticos posteriormente. Conocedor profundo de las Sagradas Escrituras, se atiene á ellas estrictamente sin buscar místicas significaciones secretas, sino con la interpretacion liberal exacta y clara, y por una aplicacion moral siempre. No menos hábil en sondear el corazón humano para descubrir sus vicios, los escudriña con insistencia, y los pinta con severidad, aprovechando las ocasiones más propicias para inducir al pecador á la enmienda.

Aquel sentimiento de las bellezas naturales, que encanta en San Basilio, revive en Crisóstomo asociado á la moral más severa. «No se ha hecho la noche para consagrarla enteramente al sueño. Ved á los artesanos, á los carreteros, á los mercaderes, y aun á la misma Iglesia, levantarse á media noche: levantaos, pues, vosotros y contemplad ese magnífico orden de estrellas, este profundo silencio, esta tranquilidad inmensa. A esta hora el alma se siente más pura, más ligera, más elevada: mueven á la compuncion el silencio y las tinieblas; yaciendo todos los hombres en sus lechos, cual si fueran sepulturas, ofrecen la imagen del fin del mundo. ¡Oh hombres, oh mujeres, doblad las rodillas, suspirad profundamente, orad! Aquellos que tengan hijos, despiértenlos; y durante la noche convertid vuestro aposento en una iglesia. Si son demasiado delicados para poder soportar la vigilia, hacédes que reciten una ó dos oraciones, y acostadles de nuevo, á fin de que se vayan acostumbrando á levantarse.» (14)

Con San Juan Crisóstomo se estinguió la elocuencia griega. Treinta y tres años después de su muerte pronunció Proclo su elogio, monumento deplorabilísimo de una decadencia de que ya no volvió á reponerse el arte. Desde entonces no suena una sola palabra elocuente en una lengua que, á pesar de todo, continuaba siendo hermosa,

(14) Τοῦ ἐν ἁγίοις πατρὸς ἡμῶν Ἰωάννου τοῦ Χρυσόστομου κ. τ. λ. τὰ εὐρισκόμενα πάντα. Sancti patris nostri Joannis Chrysostomi... opera omnia, cura et studio B. de Montfaucon. Paris, 1718-58, 13 tomos en fol. reimpresos esmeradamente en Paris, 13 tomos en 8.º. Véase Hom. 26, in Acta apost., 3 y 4.

(13) Proemio al libro V.